

ADICIÓN AL CAPÍTULO ANTERIOR (1).

Al mencionar de pasada, en el capítulo anterior, la sodomía, la caractericé diciendo que era un instinto inducido á error. Me pareció suficiente decir esto cuando preparaba la segunda edición; pero después, reflexionando más sobre el asunto, he comprendido que era un problema curioso, y he descubierto al mismo tiempo su solución. Esta solución supone el capítulo anterior, y á su vez le aclara; sirve, pues, para completar las opiniones fundamentales que he expuesto.

Considerada en sí la sodomía, es una monstruosidad, no sólo contraria á la naturaleza, sino superlativamente aborrecible y repugnante. Parece un acto al cual ha podido ser arrastrada una vez la imaginación de un hombre completamente pervertido, insensato ó embrutecido, y que no podría repetirse con frecuencia. Pero si atendemos á la realidad, veremos que en todos los tiempos y en todos los países ha existido este vicio, á pesar de lo abominable que es. Nadie ignora cuán extendido estuvo entre los griegos y los romanos, entre los cuales no se sonrojaban los hombres de confe-

(1) Lo escabroso del asunto nos ha hecho dudar sobre si incluiríamos ó no esta adición; pero, siguiendo el ejemplo de otras traducciones, la insertamos, para no dejar incompleta la obra. (N. DE LA T.)

sarlo y practicarle. Los testimonios relativos á este punto abundan en los escritores. Particularmente las obras de los poetas están llenas de ellos, sin exceptuar al casto Virgilio (Egloga 2.^a) Se ha atribuido también dicho vicio á los poetas de la antigüedad más remota: á Orfeo (á quien destrozaron las Ménadas por este pecado), á Tamiris, á los mismos dioses. También los filósofos hablan de este amor mucho más que del amor á las mujeres. Platón, particularmente, parece no conocer otro, de igual manera que los estoicos, que le mencionan como digno del sabio (Stobeo, *Ecl. eth.*, libro II, c. 7.) En el *Banquete* alaba Platón al mismo Sócrates por haber desdeñado á Alcibiades, que se le ofrecía, como si aquél hubiese realizado un acto de heroísmo inaudito. En las *Memorabilia*, de Jenofonte, Sócrates habla de la sodomía como de cosa lícita y hasta plausible. (Stob. *Flor.*, v. I, pág. 57.) En la misma obra (lib. I, cap. III, § 8), y en aquel pasaje en que Sócrates advierte los peligros del amor, habla tan exclusivamente de estos amores contra naturaleza, como si no existieran mujeres. Aristóteles (*Política*, II, IX) habla también de la sodomía como de cosa usual y sin censurarla; refiere que era aprobada públicamente entre los celtas, y que las leyes de los cretenses la favorecían como medio de contener el crecimiento de la población. Refiere también (cap. X) que el legislador Filolao practicaba este vicio, etc. Cicerón llega á decir: *Apud Graecos opprobio fuit adolescentibus, si amatores non haberent*. Para el lector instruido son superfluas estas citas, pues abundan tanto en los escritos de los antiguos, que podrían recordarse á centenares.

Este vicio era familiar á los pueblos más bárbaros, y particularmente á los galos. Si nos fijamos en Asia,

veremos también á los pueblos de esta parte del mundo entregados á la misma aberración, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, sin ocultarse mucho. Entre los indios y los chinos, igualmente que entre los pueblos que siguen la ley del Islam, también los poetas hablan más del amor por los mancebos que del amor á las mujeres; en el *Gulistan* de Sadi, el libro del amor, habla casi exclusivamente de esto. Tampoco ignoraban tal abominación los hebreos, puesto que en el Antiguo y en el Nuevo Testamento se habla de ella como de un hecho punible. En fin, en la Europa cristiana, la religión, las leyes y la opinión han tenido que combatir con todo su poder este vicio. En la Edad Media era castigado en todas partes con pena de muerte; en Francia, en el siglo XVI, con la hoguera; en Inglaterra, hasta el primer tercio del siglo presente, con la pena capital, inexorablemente aplicada; después se ha impuesto la deportación perpetua. Se ve, pues, que ha sido forzoso emplear rigurosas medidas para extirpar la sodomía, y se ha conseguido en gran parte; pero sin lograrlo por completo, pues todavía consigue introducirse en todas las clases sociales y en todos los países, envuelto en el más profundo misterio, de donde surge á veces en quien menos se sospechaba. Lo mismo sucedía en los tiempos en que era castigado con la pena capital, pues las alusiones que hallamos en los escritos de todas esas épocas nos dan la prueba de ello.

Recapitulando estos hechos y pesándolos bien, hallamos que la sodomía ha existido en todos los tiempos y en todos los países, y de una manera muy diferente de la que suponíamos cuando la considerábamos en sí misma; es decir, *a priori*. En efecto; para que dicho vicio se haya difundido tan universalmente

y haya podido resistir victoriosamente á todos los medios empleados para extirparle, forzoso es que, por algún título, tenga su fuente en la naturaleza del hombre; esta es la única razón que puede explicar su universalidad y su persistencia, en virtud de la máxima

Naturam expelles furca, tamen usque recurret.

Es esta una conclusión que no podemos eludir si queremos proceder sinceramente. Fácil sería limitarnos á expresar el horror y desprecio que inspira este vicio, sin tener en cuenta el verdadero estado de las cosas; pero con esto no se resolvería el problema. Fiel á la vocación innata, que me impulsa á buscar en todas partes la verdad y á penetrar en el fondo de las cosas, principio por consignar el fenómeno que trato de explicar en este momento con todas sus consecuencias. El que un hecho radicalmente contrario á la naturaleza; más aún, un hecho que contraría á la naturaleza en sus miras más importantes y más caras para ella, tenga su fuente en la misma naturaleza, es una paradoja tan inaudita, que su explicación parece que ha de ser un problema de los más difíciles. Sin embargo, me creo capaz de resolverlo descubriendo el misterio natural en que se funda.

Mi punto de partida será un pasaje de Aristóteles en la *Política* (VII, 16). Explica primeramente que los hombres demasiado jóvenes engendran hijos enfermizos, débiles, de organización defectuosa y condenados al raquitismo, y luego añade que lo mismo puede decirse de la progenitura de los hombres de demasiada edad: *Nam ut juniorum, ita et grandiorum natu foetus inchoatis, atque imperfectis corporibus mentibusque nascuntur; eorum vero qui senio confecti sunt,*

suboles infirma et imbecilla est. Lo que Aristóteles señala como regla para los particulares, Stobeo lo proclama como ley para la comunidad al final de la exposición que hace de la filosofía peripatética (*Ecl. eth.*, l. II, cap. VII, al fin): *Oportet corporum roboris et perfectionis causa, nec juniores justo, nec seniores matrimonio jungi, quia circa utramque aetatem proles fieret imbecillis et imperfecta.*

Aristóteles prescribe, en consecuencia, que, pasados los cincuenta y cuatro años, el hombre no debe engendrar más hijos, aunque por razón de salud, ó por otra causa, siga conociendo á su mujer. Lo que no dice es cómo deben conciliarse ambas exigencias. Evidentemente su opinión es que en estos casos deben suprimirse los hijos haciendo abortar á la madre, pues pocas líneas antes recomienda el aborto.

La naturaleza, por su parte, no puede desconocer los hechos á que se refieren los preceptos de Aristóteles ni puede tampoco suprimirlos, pues fiel á su máxima *Natura non fecit saltus*, no detiene bruscamente la secreción seminal en el hombre. Como las demás funciones orgánicas, ésta va extinguiéndose poco á poco por gradaciones insensibles. Durante este tiempo la procreación no producirá más que seres débiles, entecos, de cortos alcances, miserables y de breve duración. El hecho se observa con frecuencia; los hijos engendrados en estas condiciones suelen morir en la infancia, ó por lo menos no alcanzan una edad avanzada; su constitución es frágil, enfermiza, valedudinaria, y su descendencia la hereda. Lo que digo de la edad avanzada respecto á la procreación se aplica igualmente á la adolescencia. El interés principal de la naturaleza es la conservación de la especie y la pureza de su tipo; para conseguir este fin necesita el

concurso de individuos bien constituidos, sanos y vigorosos; no admite otros. Hemos demostrado en el capítulo XLI que no aprecia á los individuos más que como instrumentos, ni los trata de otro modo que como á tales instrumentos; la especie es su único fin. Siguese de ahí que, en virtud de sus propias leyes y de sus propios fines, la naturaleza se encuentra realmente perpleja en presencia de un estado de cosas tan crítico. No puede recurrir á medios violentos y dependientes de una voluntad ajena, como aquel á que alude Aristóteles; su esencia se opone á ello; no puede fiarse tampoco de la prudencia humana, con la esperanza de que los hombres instruidos por la experiencia reconozcan las funestas consecuencias de una procreación demasiado prematura ó demasiado tardía, y que la sana y fría reflexión les haga dominar sus apetitos. La naturaleza no puede contar con ninguno de estos dos recursos para resolver la dificultad. No le queda, pues, otra alternativa que la de elegir de dos males el menor. A este efecto, necesitaba ganar para su causa á su cómplice favorito, el instinto, el mismo que hemos visto en el capítulo anterior velar en todas partes por la importante función procreadora y sugerir á propósito de ella tan extrañas ilusiones; mas en este caso no podía conseguir sus fines la naturaleza sino dándole cambiaso. La naturaleza no conoce principios morales; no conoce más que lo físico; y entre ella y la moral hay hasta un antagonismo declarado. Su fin único es la conservación, todo lo más perfecta posible, del individuo, y antes que la de éste la de la especie. Verdad es que, hasta físicamente, la sodomía es nociva para los adolescentes que caen en esta abominación; pero no tanto que no sea el menor de los dos males y el que la natu-

raleza escoge para prevenir el mayor, la depravación de la especie, y para evitar la decadencia que se produciría, y que iría aumentando.

Como consecuencia de esta previsión de la naturaleza, ocurre á veces, próximamente hacia la edad que indica Aristóteles, que nace, sorda é insensiblemente, cierta inclinación hacia ese vicio, inclinación que se acentúa á medida que va declinando la aptitud para engendrar hijos sanos y vigorosos. La naturaleza lo quiere así; pero no olvidemos que entre la inclinación naciente y el vicio mismo hay gran diferencia. Cuando no existe ninguna traba para estas aberraciones, como sucedía en la Grecia y en la Roma antiguas y ha sucedido en todos los tiempos en Asia, esa inclinación, fomentada por el ejemplo, puede conducir fácilmente al vicio, el cual adquirirá entonces gran desarrollo. Por el contrario, en Europa le combaten motivos tan poderosos de religión, de moral, de decoro y de castigo, que casi no hay un hombre que deje de estremecerse de horror al pensar en tales abominaciones, y de trescientos individuos que experimenten la tentación, apenas habrá uno bastante débil y bastante insensato para sucumbir á ella. El hecho es tanto más positivo, cuanto que esta inclinación nefanda comienza á manifestarse en una edad en que el calor de la sangre disminuye y el ardor del instinto sexual declina, y por otra parte, encuentra en la madurez de la razón, en la prudencia que da la experiencia y en una firmeza que ha tenido muchas ocasiones de ejercitarse tan poderosos enemigos, que sólo una naturaleza pervertida se dejará arrastrar.

La naturaleza consigue sus fines, pues aquella inclinación origina una indiferencia creciente hacia el sexo femenino, que llega á trocarse en antipatía y

acaba por degenerar en repugnancia absoluta. Este era el fin que se perseguía y que se logra con tanta mayor seguridad, cuanto que á medida que las fuerzas genitales decrecen, están más expuestas á esta aberración contra la naturaleza. Por eso la sodomía es un vicio de viejos y son ancianos los que, de tiempo en tiempo, se dejan sorprender infraganti con gran escándalo público. Los hombres, en la fuerza de la edad, no conocen ni pueden concebir siquiera este extravío. Cuando alguna vez se produce una excepción de la regla, creo que esto sólo puede ocurrir á consecuencia de alguna depravación accidental y prematura de la facultad genésica, la cual sólo podría crear una prole mal constituida. Para obviar este inconveniente, la naturaleza la desvía de su dirección normal. Por eso, ciertos entes inmundos (*κίταιδοι*) que, desgraciadamente, suelen existir en las grandes ciudades, sólo hacen señas ó proposiciones á personas de cierta edad, nunca á los hombres en el apogeo de su virilidad ni á los jóvenes. Aun entre los griegos, entre los cuales el ejemplo y el hábito podían haber provocado excepciones de esta regla, los escritores, y particularmente los filósofos, y sobre todo Platón y Aristóteles, nos dicen expresamente que los hombres dominados por este vicio eran los viejos. He aquí un pasaje notable de Plutarco sobre este tema, que figura en el *Liber amatorius*, c. 5: *Puerorum amor, qui, quum tarde in vita et intempestive, quasi spurius et occultus, exstitisset, germanum et natu majorem amorem expellit.*

Hasta entre los dioses, los más viejos, como Júpiter y Hércules, son los que tienen *queridos*; los más jóvenes, Apolo, Baco, Mercurio, no los tienen.

En Oriente la escasez de mujeres, debida á la práctica de la poligamia, puede haber ocasionado algunas

excepciones de la regla; y lo mismo ha podido suceder en algunas colonias modernas donde escaseaba la población femenina, como en California.

Como el licor seminal, no bien maduro todavía, está en el mismo caso que el que la edad ha alterado y no puede tampoco engendrar más que una prole débil, mal constituida y desdichada, suele producirse también durante la adolescencia un fenómeno análogo al que, según hemos visto, aparece en la vejez. Pero esta inclinación erótica, que suele nacer en los adolescentes muy rara vez, los conduce á encenagarse en aquel vicio, pues á los motivos que retraen de éste á los hombres, se unen en estos casos la inocencia, el candor, la delicadeza de conciencia y la timidez de la primera juventud.

Resulta de lo expuesto que esta aberración parece contradecir las intenciones de la naturaleza en lo que tienen de más importante y más caro para ella; pero, en realidad, obedece á esas mismas miras, de un modo indirecto y para evitar un mal mayor. Es, en efecto, el extravío de una facultad genésica que se extingue ó que no está bien desarrollada todavía y que amenaza en uno y otro caso la integridad de la especie. Las consideraciones del orden moral deberían impulsar en uno y otro caso á los hombres á suspender dicha función, pero no hay que contar con ello, pues la naturaleza no se guía jamás por principios morales propiamente dichos. En este estado de cosas, la naturaleza, para salir del atolladero en que se veía por virtud de sus propias leyes, ha recurrido á un expediente, á una estratagema, que consiste en una perversión del instinto: podría decirse que fabrica una especie de puerta falsa, para huir de dos males el mayor. Preocupada siempre con el importante cuidado

de evitar generaciones imperfectas que á la larga podrían degradar la especie entera, no se muestra escrupulosa en cuanto á los medios de conseguirlo. El espíritu que la guía en estos casos es el mismo que impulsa á la avispa á matar sus crías, pues en ambas circunstancias admite un mal para evitar otro peor; engaña al instinto para eludir las funestas consecuencias á que conduciría.

Este estudio ha tenido por objeto: primero, resolver el sorprendente problema á que venimos refiriéndonos, y luego confirmar la teoría, expuesta en el capítulo anterior, de que el instinto es quien guía al hombre en el amor sexual y produce la ilusión, porque el interés de la especie se sobrepone á todo ante los ojos de la naturaleza. He querido mostrar que esto se aplica igualmente al caso presente, en que dicho instinto se extravía y degenera de un modo tan aborrecible, mostrando que también aquí la causa final es el interés de la especie, sólo que ahora el fin es negativo y la naturaleza procede por vía profiláctica. Sirve, pues, el estudio que acabamos de hacer para dilucidar el conjunto de la metafísica del amor. Además, descubre una verdad ignorada hasta ahora y que, por extraña que sea, da nueva luz sobre la esencia íntima, el espíritu y los procedimientos de la naturaleza. Por consiguiente, no se trataba de formular preceptos morales contra el vicio, sino de averiguar la significación del fenómeno. Por otra parte, la verdadera y profunda razón metafísica, la razón última por la cual se debe condenar la sodomía, es que, al mismo tiempo que afirma la voluntad de vivir, suprime las consecuencias de esa afirmación, es decir, la renovación de la vida que mantiene abiertas las vías eventuales de la salvación.

Por último, al exponer estas paradojas he querido

también hacer un favor á los profesores de filosofía. Como les ha contrariado grandemente que el conocimiento de mi sistema filosófico se difunda cada día más, á pesar de los esfuerzos que han hecho para impedirlo, quiero darles un pretexto para calumniarme, acusándome de proteger y de recomendar la sodomia.

CAPITULO XLV

DE LA AFIRMACIÓN DE LA VOLUNTAD DE VIVIR

Si la voluntad de vivir no se manifestase en el instinto de conservación, no habría en éste más que la afirmación de un fenómeno individual, durante el breve periodo de su duración natural. Las penas y los cuidados de una existencia tal no serían excesivos, y la vida resultaría fácil y risueña. Pero como lo que quiere la voluntad de vivir lo quiere de una manera absoluta y para todos los tiempos, se manifiesta también en el instinto de reproducción, que tiene por mira una serie infinita de generaciones. Esto es lo que destruye la calma, la serenidad y la inocencia que acompañarían á una existencia puramente individual, lo que lleva á la conciencia, la agitación y la melancolía y siembra la vida de catástrofes, tormentos y miserias.

Cuando, por rara excepción, el hombre ahoga en sí mismo este impulso, muestra una voluntad que vuelve sobre sí misma, que se convierte, la cual acaba entonces con el individuo sin pasar más allá. Tal conversión sólo es posible á costa de una dolorosa violencia del hombre sobre sí mismo; mas una vez hecho el esfuerzo, la conciencia recobra inmediatamente, y en un grado superior todavía al de antes, la calma y la serenidad de una existencia individual. Por el con-